capaz de emplear la mentira y la superchería para realizar sus caprichos. Pensó también el Conde que amaba tiernamente á su hija.

Un *coupé* le esperaba en la estación de Valmoutiers, pues su propiedad estaba á algunos kilómetros. Al punto notó que la fisonomía de su antiguo cochero no tenía el aspecto de impasibilidad ordinaria.

—Y bien (le preguntó el Conde); ¿cómo está mi hija?

—Señor Conde, la señorita no está buena.

—Pues ¡á escape!

V.

La noche misma del día en que su padre partió para París, Juana, que era entonces una donosa é inteligente niña de seis á siete años, había sentido opresión en la garganta, acompañada de algunos estremecimientos y de bastante postración. Se creyó al principio que sería un poco de reuma ó una ligera inflamación de las amígdalas. Pero más avanzada la noche, se declaró una violenta fiebre, y la niña, que no dormía, se quejaba de grandes dolores de cabeza. El

anciano médico de Valmoutiers, doctor Raymond, fué llamado al amanecer, y desde el primer momento se manifestó inquieto y alarmado. No se separó de ella. Los síntomas se acentuaban más durante el día, y por la noche acusaron extrema gravedad; la aparición de falsas membranas en la laringe, la respiración fatigosa, los accesos repetidos de sofocación, y, en fin, la tos ronca y violenta, no dejaron duda alguna sobre el verdadero carácter del mal. Era el *croup*, esa terrible enfermedad de siniestro nombre, que infunde tan natural espanto en las madres.

Como sucede frecuentemente, el mal, después de presentarse poco franco al principio, procedió bien pronto con una rapidez terrible. El doctor Raymond, que era un profesor meritísimo, y que poseía además la sabiduría y la experiencia de sus muchos años, empleó activamente, los dos primeros días, todos los medios

aconsejados por la ciencia para combatir el envenenamiento diftérico. Todos los remedios eran inútiles, y la enfermedad seguía su marcha aterradora. Entonces fué cuando Alieta dirigió el telegrama á su marido.

Cuando el señor de Vaudricourt se acercó al lecho de su hija, la niña, pálida, con los labios morados, la garganta inflamada, se agitaba convulsivamente, en un acceso de sofocación penosísima, que ofrecía ya los caracteres de la agonía.

Sin embargo, la crisis se calmó. Juana, aunque sumida en una especie de embrutecimiento, conoció á su padre, y le miró con una angustia suplicante que le desgarró el corazón. La abrazó sonriendo, procurando dominar su emoción, y luego llevó al médico á una habitación inmediata, que formaba parte del departamento de Juana. Alieta le siguió.

—Doctor (dijo el Conde): hágame V. la merced de decirme la verdad.

—La debo á V., señor Conde. La niña está en gran peligro. Estas terribles sofocaciones van á repetirse cada vez más frecuentes hasta la completa asfixia. Por mi parte, he agotado todos los recursos de mi ciencia; ahora sólo el tratamiento quirúrgico puede salvar á la niña; pero debo confesar á V. francamente, que la operación de que se trata exige una mano más segura, más joven y más hábil que la mia.

—¿Tengo tiempo de telegrafiar á un médico de París?

—Debo decir á V. la verdad; no, señor.

—¿No me puede V. indicar algún colega de V. en Gien ó en Nemours que sea capaz de hacer esa operación?

—Señor Conde, no me atrevería á arrostrar semejante responsabilidad. Por lo demás, no conozco en las cercanías, y muy cerca de aquí, más que un hombre que podría, si quisiera, intentar con alguna probabilidad de éxito, una operación tan difícil, delicada y peligrosa. Es el doctor Tallevaut.

—¿El doctor Tallevaut?

—¡Tallevaut!.... (exclamó Alieta con desconsuelo.) Pero no vendrá: se negará como se niega á todo el mundo. Bien sabe V. que sólo visita á los pobres que no pueden pagar.

—Es muy de temer que se niegue.

—Yo voy á buscarle (dijo el Conde). ¡Valor y esperanza, Alieta!

Salió presuroso, fué á la caballeriza, y ensilló uno de sus caballos; al mismo tiempo dió orden á su cochero de enganchar sin demora una berlina, y llevarla delante de la verja del jardín de La Saulaye.

Algunos minutos después, el señor de Vaudricourt galopaba, al resplandor de las estrellas, á lo largo de los obscuros bosques, por un camino endurecido por la helada y blanqueado por la escarcha. Eran las nueve cuando llegó á La Saula-

ye; se apeó, franqueó la verja, que estaba abierta, y tocó el timbre de la puerta de la casa. Entregó su tarjeta al criado que salió á abrir, y esperó con ansiedad. El criado volvió inmediatamente.

—Pase el señor,—le dijo.

El Conde le suplicó que tuviera el caballo, y siguió á una camarera que la curiosidad había atraído allí, y que le sirvió de guía.

Le introdujo en un gran salón-biblioteca, inmediato al laboratorio del Doctor, y donde se percibía un fuerte olor á farmacia. La primera mirada del Conde encontró una joven, que estaba sentada frente á la puerta, delante de una mesa, puesta de codos en ésta, y leyendo un libro. La luz de una lámpara iluminaba su hermosura, y á pesar de su continente tranquilo y reflexivo, su vestido serio de faya negra y sus sencillas trenzas á lo virgen, el Conde reconoció en ella inmediatamente á la atrevida cazadora furtiva que halló un día dentro de su propiedad.—Á alguna distancia de la joven, delante de una mesa mayor, llena completamente de libros y papeles, hallábase un hombre de unos cuarenta años, á quien su larga levita negra, adornada de una roseta roja en el ojal, daba la apariencia correcta de un oficial en traje de paisano. Los rasgos de su fisonomía eran un poco gruesos y prominentes, y su cabeza, un poco pesada, presentaba un desarrollo casi desproporcionado, que no dejaba de sorprender; pero en sus ojos brillaba una expresión admirable de vida, de inteligencia y de dulzura. Esta fisonomía y esta actitud eran tan diferentes de la dureza y desabrimiento que el Conde esperaba hallar en el Doctor, que se tranquilizó y confió.

—Doctor (dijo, rehusando la silla que se le ofrecía), vengo á ver á V. para hacerle una súplica con todo mi corazón. Mi hija está moribunda, y se muere del

croup. El doctor Raymond, que la asiste, la considera ya sin esperanzas.... No hay más recurso para salvarla que la operación.... Yo no tengo tiempo ya para telegrafiar á París ni á otra parte. En fin, Doctor, V. sólo puede devolver la vida á mi hija y la tranquilidad á sus padres.

Desde las primeras palabras del Conde, habíase tornado grave el semblante sonriente del doctor Tallevaut.

—Señor Conde (contestó): es para mí una pena muy grande; pero ya sabe V. que me he impuesto el propósito de no ejercer la medicina. Si cediera esta vez, me vería obligado á buscar otro país donde vivir, porque no tendría un día de reposo, y me sería preciso renunciar á mis trabajos....

—Caballero (repuso Bernardo): todo el mundo dice que es V. humanitario y caritativo, y no será V. quien me obligue á llevar á una madre desolada la sentencia de muerte de su hija.

Y enjugó vivamente dos lágrimas, que se habían desprendido, á pesar suyo, de sus ojos, cayendo sobre sus pálidas mejillas.

El doctor Tallevaut le miró gravemente un momento; y luego, dirigiéndose á la joven, que presenciaba la escena con cierta curiosidad, pero con entera calma, le dijo:

—Sabina, prepáralo todo.... Ya has oído de lo que se trata.... Vas á acompañarme, y no hay tiempo que perder, hija mía.

La señorita Sabina se levantó, y salió del salón.

El conde de Vaudricourt, sin decir palabra, cogió la mano del señor de Tallevaut, y la estrechó entre las suyas convulsivamente.

—Señor Conde (dijo el Doctor), no tengo fuerzas para resistir las súplicas de un padre en la situación en que V. se halla....; pero debo prevenir á V. que esta

operación es por sí misma sumamente peligrosa, y que, hasta cuando se hace con éxito, puede tener consecuencias fatales.... No se puede recurrir á ella más que en la última extremidad. ¿Tiene V. coche?

—Sí, Doctor.

—Debo advertir á V. que me hacen falta á lo menos tres ayudantes. Veamos. En primer lugar tendremos á Sabina, mi sobrina....; tendremos también al doctor Raymond....; ¿y el tercero?

—Yo mismo lo seré.

—¿V.?.... ¿El padre de la enferma?.... No, no; eso es imposible.... ¿No tiene V. algún criado de confianza?.... Un hombre robusto y sereno....

—Uno de mis guardas. Al pasar, le mandaré que nos siga.

—Muy bien.

La señorita Tallevaut reapareció, siempre grave y serena, y andando sin que se la sintiera; llevaba en una mano una

caja forrada de tafilete, y en la otra un saco de tela engomada; sobre su brazo había puesto doblados dos delantales de tela fuerte. El doctor abrió vivamente la caja, y examinó rápidamente los brillantes instrumentos de acero; después abrió el saco, en el que había provisión de esponjas, hilos encerados y otros objetos usados en las operaciones quirúrgicas.

—Bien, bien (dijo). No nos detengamos.

Se puso un sobretodo; la joven echó sobre sus hombros una especie de poncho con capucha, y los dos montaron en la berlina, mientras el señor de Vaudricourt se adelantaba al galope de su caballo. Al pasar, llamó á su guarda Lebuteux, cuya caseta estaba muy cerca del castillo, y que corrió tanto como el caballo, porque ya estaba allí cuando llegaron el doctor Tallevaut y la señorita Sabina.

El Doctor, guiado por Alieta, que ha-

bía corrido á la puerta al oir el ruído del carruaje, estuvo muy pronto en la alcoba de Juana. Comenzó por dirigir algunas ligeras preguntas al doctor Raymond. Después llegó al lecho de la enfermita, le cogió el brazo, y la miró fija y detenidamente.

—Aún es tiempo,—murmuró á media voz.

Y dirigiéndose á Alieta y al Conde, continuó:

—Señora, mi buena señora, y V. también, señor Conde, háganme Vds. la merced de permanecer en esta habitación. Vamos á trasladar la niña al salón inmediato. Allí he visto candelabros, una gran lámpara.... Es preciso encender todas las luces, y añadir dos ó tres lámparas más. La mesa en medio, y que levanten el tapete.

El Doctor, yendo de una habitación á otra, continuó dando sus instrucciones en términos breves y claros, y apenas

había pasado media hora desde que había llegado el operador, cuando ya la pobre Juana, envuelta en una colcha de seda, estaba tendida sobre la mesa del salón, iluminado espléndidamente como para una fiesta. Su padre estaba ansioso y lleno de angustia en la puerta que comunicaba con la alcoba, y su madre, de rodillas, cerca del lecho vacío, oraba fervorosamente, pidiendo á Dios el milagro de salvar á su hija.

La niña, casi asfixiada, parecía inconsciente. El doctor Raymond la sostenía fuertemente la cabeza con sus dos manos; en el otro extremo de la mesa, el guarda, de rodillas, pesaba sobre las piernas de la enfermita y le impedía moverlas. Á la derecha, cerca de la mesa, estaba en pie la señorita Sabina; á la izquierda el doctor Tallevaut, teniendo á la mano todo su aparato quirúrgico. Los dos se habían puesto el delantal de tela ceniza de los enfermeros. La anciana

criada Victoria, cuya sangre fría y grande inteligencia había advertido el Doctor durante los últimos preparativos, tenía, muy serena, en la mano una bujía, cuya luz proyectaba sobre el cuello desnudo de la pobre Juana.

Es sabido que la operación de la traqueotomía, uno de los milagros de la cirugía moderna, tiene por objeto evitar en ciertos casos del *croup* la asfixia inminente, restableciendo de una manera artificial la respiración del enfermo, obstruída por las falsas membranas que han invadido la laringe. La operación consiste en abrir la garganta por debajo de la laringe, y hacer penetrar en la tráquea una sonda hueca, que devuelve la libertad á las funciones respiratorias, y que al propio tiempo ayuda al paciente á eliminar las falsas membranas que le ahogan.

Es evidente que el hombre que emprende semejante operación necesita tener una mano muy diestra y una se-

renidad y una firmeza de voluntad extraordinarias. Sin entrar aquí en detalles repugnantes, bien se puede decir que en el curso de tan temible operación, practicada sobre una parte tan delicada, tan compleja y tan vital del organismo, el cortante del bisturí no debe ni detenerse ni torcerse, y, sin embargo, jamás hace su oficio sin provocar efusiones de sangre, que no dejan al operador más guía que el tacto del dedo.

El señor de Vaudricourt, que en aquellos terribles momentos no tenía, como su mujer, el consuelo de la oración, experimentaba la angustia en toda su intensidad. Sin contravenir enteramente á lo mandado por el doctor Tallevaut, y sin penetrar en el salón adonde había sido trasladada la enfermita, se había impuesto el alto deber de no perder de vista á su hija querida en los minutos supremos en que iba á resolverse la cuestión de su vida ó de su muerte. De pie en la

misma entrada de la habitación, inmóvil y pálido como un muerto, contemplaba con estupor, como en un sueño horrible, aquel drama extraño, en que su tierna niña, sujeta, agarrotada por manos de hierro, parecía sufrir al filo del acero el más espantoso martirio. Á pesar de su profunda conmoción, no se le escapaba ningún detalle de la terrible escena; oía claramente todas las palabras, pocas y breves, cambiadas entre el doctor Tallevaut y su joven pupila, que le servía de principal ayudante; hablaban poco, porque el Doctor, con una señal, con un gesto, le daba sus órdenes, y aun la joven Sabina no las esperaba, las adivinaba, y le servía con la mayor precisión. Sabina observaba con profunda atención el sangriento trabajo del bisturí, y su mano hábil, ligera y delicada, secundaba al operador, empleando, según convenía, las esponjas, los hilos encerados para las ligaduras, los ganchos

para abrir la llaga: aquella hermosa criatura, en su gracia impasible, parecía estar cumpliendo dulcísimamente, con sus manos ensangrentadas, los ritos de alguna religión salvaje.

Hecha la profunda incisión, Sabina presentó á su tío la sonda hueca; él la introdujo inmediatamente en la abertura de la tráquea con la incomparable seguridad de su mano habilísima. En el instante oyóse en el salón un ruído semejante á un sonoro silbido. Sabina ató rápidamente las cintas que sujetaban la sonda, y rodeó con una ligera corbata el cuello de la paciente. Después el Doctor cogió en sus brazos á la enfermita, atravesó rápidamente el salón y la alcoba, y la depositó dulcemente en el lecho.

El padre y la madre, con mortal inquietud, sin saber lo que les pasaba, se lanzaron sobre el lecho; no podían creer lo que veían; el semblante de Juana había perdido súbitamente su angustiosa

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" 1625 MONTERREY

expresión de mortal ansiedad; expresaba un consuelo profundo y una tranquilidad completa.—Alieta y Bernardo volvieron á un tiempo mismo sus ojos hacia el doctor Tallevaut, que les miraba sonriendo.

—Esto va bien, — les dijo.

Cogiéronle los dos las manos con efusión, queriendo decirle lo que sentían en sus corazones, pero no pudieron, y ambos estallaron en sollozos.

Después de una crisis tan terrible, el doctor Tallevaut quiso dejar toda una noche de reposo y de alegría sin inquietudes al padre y á la madre de Juana. Pero el día siguiente (pasó la noche en el castillo, y también Sabina) no les ocultó que el éxito de la operación no era el término de la enfermedad; que aún quedaba por curar la afección morbosa, bien que se le había quitado su síntoma más grave y su peligro más inminente, y que, además, la misma operación podía ser origen de accidentes consecutivos

muy graves. Era, pues, preciso continuar vigilando y cuidando á la niña con la mayor atención. Por lo demás, debía tenerse completa confianza en su excelente colega el doctor Raymond, que, si sobreviniera alguna complicación, podía consultar con él sobre el caso.

El señor Tallevaut acababa de hacer estas advertencias un poco alarmantes á los Condes, cuando vinieron á avisarle que el coche le esperaba en el patio. Aún no habían dado las ocho de la mañana.

—¿Cómo? (exclamó Alieta): ¿ya nos deja V., mi querido Doctor? ¿No se queda V. siquiera á almorzar con nosotros?

—Mi buena señora (contestó el Médico); sabe V. que soy un hombre medio salvaje, y que hice anoche una excepción en mi propósito, viniendo á esta casa.... Ahora, tenga V. la bondad de

permitirme que me vuelva á mis trabajos, que son bastante urgentes.

Alieta juntó las manos suplicantes, y su rostro encantador expresaba tan profunda pena, que el señor Tallevaut se conmovió.

—Vamos (dijo); es V. una de esas personas á quienes no es posible negar nada en este mundo.... ¿Qué es lo que quiere V., señora?

—Quisiera tener á V. algunos días al lado de mi querida resucitada.

—¡Diablo! ¡Diablo!.... Vamos, querida señora; si le dejase á V. mi sobrina Sabina, aquí presente....: la llamo sobrina, pero es mi prima...., ¿no quedaría V. tranquila? Aseguro á V. que será como si yo mismo estuviese aquí.... Es una enfermera de primer orden mi sobrina, y más que eso....; y tenga V. seguridad de que me llamaría al primer síntoma sospechoso que notara. Además, prometo á V. venir á ver á la niña todas las tardes

hasta su completa curación. ¿Estamos conformes?

Alieta miraba tímidamente á la señorita Sabina, que asistía á esta conversación con su habitual tranquilidad, dispuesta á partir, envuelta en su ancho poncho de camino.

—Señorita (dijo Alieta), lo que propone su tío de V. ó su primo, sería el colmo de la admirable abnegación de que ha dado V. una prueba tan gallarda en esta terrible noche pasada.

—Si V. lo desea, señora, y si mi tío lo permite....,—dijo la joven, inclinando ligeramente su magnífico busto.

—¡Ah! ¡Gracias, señorita!—exclamó Alieta, estrechando sobre su corazón las manos de Sabina.

Hubo en seguida una breve conferencia aparte entre el Doctor y su pupila, y después el señor Tallevaut se despidió de los Condes. El señor Vaudricourt, que le acompañó hasta el coche, le dijo:

—No tengo palabras, señor Doctor, para expresar á V. nuestro agradecimiento.

—No piense V. en eso. Su señora de V., y V., son de esas personas á quienes se sirve siempre con placer. Hasta la tarde.

VI.

Desde este día, la señorita Tallevaut quedó instalada en la residencia de los Condes, donde recibió, como se supondrá, la hospitalidad más confortable y la más cordial y franca. Introducida así, de repente, en la intimidad de dos personas de una distinción superior, y en un interior donde todo era suntuoso y elegante, la joven Sabina no pareció por modo alguno extraña á lo que debía ser nuevo para ella, y más bien parecía que siempre hubiera vivido de la misma manera.